
ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA DEMOGRAFIA COMO CIENCIA DESDE UNA PERSPECTIVA HISTORICA

Armand Sáez

1. *Introducción*

Estas páginas pretenden hilvanar una serie de reflexiones sobre el estado actual y las tendencias de la demografía, a partir de un panorama histórico de su evolución, enmarcado en el devenir de la población a través de cambiantes escenarios económicos y sociales que han condicionado su problemática como ciencia social y como práctica profesional. Ni resumen actual de la ciencia, ni investigación sociológica de su práctica, ni síntesis de la evolución demográfica secular de la humanidad, estas reflexiones se proponen identificar sus principales tendencias y problemas, apoyándose o recurriendo a elementos de la historia del análisis demográfico, a algunos de los rasgos más notables de la evolución demográfica de este siglo y a las condiciones de su práctica profesional¹.

¹ Esta radical afirmación inicial de eclecticismo justifica que este ensayo se presente sin el ropaje formal de la bibliografía académica, que no pretenda la completitud, y sólo la identificación de los grandes rasgos y problemas de la Demografía moderna, sobre todo cuando el público de destino se concibe como dotado de la suficiente información como para no exigir la continua apoyatura documental, salvo en los casos de necesaria referencia a obras o autores concretos.

A medida que se despliegan esos hilos conductores se irán decantando algunos de los principales rasgos que definen la situación actual de la demografía y sus relaciones con la problemática de las ciencias sociales, reflexión contradictoria de la especie sobre su ser y estar colectivo en un mundo que domina pero que la condiciona.

2. *Los avatares y problemas de la demografía como ciencia*

La demografía empezó su andadura científica con dos pies de desigual peso que frecuentemente han avanzado de manera desacompañada e incoherente. Mientras John Graunt quedaba fascinado por las regularidades numéricas que presentaban la vida y la muerte de las poblaciones según su edad y su sexo, Malthus se interesaba por la investigación de los principios que regían el comportamiento de las poblaciones con respecto a su reproducción y, por tanto, a su crecimiento.

Durante la gran época clásica de la ciencia económica, mientras el núcleo esencial de su reflexión lo constituyó la causa de la riqueza de las naciones y su distribución entre los grupos sociales de un país, el número de los hombres y sus variaciones participaron, como causa y como consecuencia, de esas reflexiones. De ellas se dedujeron actitudes políticas que participaron en la palestra de la lucha social. Pero la industrialización y la consolidación de los Estados modernos, llevó a la necesidad y a la posibilidad del registro numérico y documental de sus habitantes, a la conveniencia del control estadístico de su mortalidad y su morbilidad y, en definitiva, a la medida de su crecimiento. La conciencia estadística de ese crecimiento coincidió con su disminución y desaparición aparentes como problema en el núcleo más avanzado de la civilización decimonónica —es decir, en Europa—, al socaire no sólo de la minoración del incremento numérico de la población, sino también de la válvula emigratoria a Ultramar, pieza importante del colonialismo y la expansión del Nuevo Mundo, tentáculo extensivo y a la larga hegemónico del capitalismo y del Occidente dominante.

La desaparición de la población como problema coincidió con el cambio radical de orientación de la economía, la ciencia social más «establecida», y condujo a la supervivencia sólo marginal de las teorías demográficas, paralela a la expansión del conocimiento y tratamiento estadísticos de la población. La criatura inicial se hizo deforme y junto a un pie raquítico y anquilosado creció y se hizo vigoroso su soporte analítico-estadístico; la criatura se sostenía y crecía con fuerza, pero su horizonte, su alcance y sus posibilidades de progreso se veían mermadas por su cojera teórica, contemplada sin preocupación por una comunidad intelectual que, en general, no se planteaba el problema.

Dada esa situación no fue necesario que la demografía estableciese su objetivo y su método de manera axiomática y rigurosa para que llegase a niveles de maduración y formalización comparables al de algunas ciencias naturales. Naturalmente, esta afirmación sólo podía aplicarse, en rigor, al análisis demográfico, al pedestal sólido de la demografía, que se había ido forjando con lentitud pero con firmeza. Y, de hecho, podía enunciarse porque su material empírico, las estadísticas demográficas, eran cada vez mejores y más numerosas. Es decir, porque estaba resuelto de entrada, teórica y prácticamente, uno de los problemas fundamentales de cualquier ciencia: la identificación de las unidades de medida de los fenómenos que estudia, y la disponibilidad de mediciones de esos fenómenos. La demografía auspició y se aprovechó de la extensión de los censos y de las estadísticas de movimiento natural de la población deducidas del Registro Civil, y no tuvo más que aplicar la ciencia estadística a este sujeto especial, desarrollando un cuerpo metodológico formal adaptado a los fenómenos demográficos que eran de inmediata identificación: aquellos que determinaban numéricamente el número de habitantes y sus variaciones y estados.

Así, los fenómenos demográficos fueron y son medidos, clasificados y analizados cada vez con mayor rigor. La ciencia había progresado claramente respecto a sus estados primeros. Se estaba, se está ya, en condiciones de discernir con precisión la responsabilidad y el peso que corresponden a los distintos fenómenos en la determinación del número de sucesos que modulan, año tras año, las variaciones de las poblaciones, en su número y en sus estructuras. Pero esos fenómenos no son más que la categorización estadística de comportamientos humanos, resultado de acciones voluntarias, pero fuertemente condicionadas o determinadas por la vida social. Es decir, por la estructura económica y social, por la cultura y por la política. Y es en este complejo y resbaladizo terreno de la investigación sobre las causas de los comportamientos humanos colectivos donde se debaten las ciencias sociales y concretamente la demografía. Al cuerpo sólido, formalizado y aparentemente «aséptico» del análisis y de la estadística demográfica, le acompaña el conjunto heterogéneo, contradictorio, más frágil y voluble de las teorías que intentan explicar y formalizar los comportamientos demográficos y sus consecuencias en la vida económica y social. Pero veamos de soslayo algunos de los grandes hitos que han marcado la evolución de la demografía, o mejor de sus dos componentes esenciales.

Todo el aparato formal del análisis demográfico se estableció y profundizó a partir del modelo originario de su nacimiento: la tabla de mortalidad. El análisis de la fecundidad se resintió de su no adaptación factual a ese modelo y se quedó en sus primicias². Pero la sola consideración del conjunto de las tasas de fecundidad, aliada al rigor de la tabla de mortali-

² Es decir, a que la mortalidad está definida o compuesta por sucesos no renovables, mientras que la fecundidad lo está por sucesos renovables.

dad, permitió la formalización magistral de Lotka de los modelos de población a lo largo del primer tercio de este siglo. El cálculo de las tasas netas de reproducción y de las tasas intrínsecas de crecimiento natural en la crítica década de los años treinta llevaron a previsiones catastróficas, del futuro de la población, primera aplicación evidente y de largo alcance de los logros del análisis demográfico.

Pero vino el cataclismo bélico, la eclosión consciente del Tercer Mundo, el *baby-boom*, el keynesianismo, el auge económico... cambios radicales en la ciencia y en la cultura. A partir de entonces se bifurcaron dos líneas de avance de la demografía, quizá tres.

En primer lugar, el análisis inició un giro ante las dificultades que planteaba una situación en la que el comportamiento de las poblaciones respecto a su fecundidad había experimentado profundos cambios, que se resistían a ser aprehendidos por los métodos tradicionales. De manera independiente, Norman Ryder y Louis Henry llegaron a los mismos resultados a principios de los años cincuenta y dieron un vuelco a la situación, que primero no fue evidente. Junto a ellos, la obra de Whelpton, Glass, Grebenik y Bourgeois-Pichat, entre otros, imprimió un sesgo trascendental e inició el avance de la metodología longitudinal, sobre todo en el campo del estudio de la fecundidad, que hoy es la pieza capital que ha permitido logros fundamentales al análisis demográfico, y codificaciones y sistematizaciones elegantes y coherentes como las de Roland Pressat³. Cuando a mediados de los años sesenta se generaliza en Europa un nuevo cambio de tendencia de la fecundidad, registrado sintomáticamente por los indicadores transversales, el análisis está mejor armado para determinarlo y medirlo. Los trabajos se multiplican, desde el INED parisiense hasta el conjunto de investigaciones auspiciadas por Princeton. La obra ejemplar de Patrick Festy, en 1979, sobre la fecundidad de los países occidentales de 1870 a 1970⁴, es quizá, hasta ahora, la mejor culminación sintética de nuestra comprensión y conocimiento en este campo esencial.

En segundo lugar, la población volvió a introducirse en el dominio temático de la economía al socaire de los cambios que implicaron una renovada preocupación —que enlaza con la clásica— por el crecimiento económico.

A la primera codificación desigual pero enciclopédica del conjunto de conocimientos empíricos, analíticos y teóricos, realizada por las Naciones Unidas —«Factores determinantes y consecuencias de las tendencias demográficas»— en la década de los cincuenta, y de las aportaciones germi-

³ Su máxima formalización, la demografía matemática, consigue obras notables con Coale, Keyfitz y Pollard. A un nivel elemental y conciso, pero elegante y riguroso, destaca el Diccionario multilingüe de las Naciones Unidas, obra fundamental de Paul Vincent.

⁴ *La fécondité des pays occidentaux de 1870 à 1970*, Patrick FESTY, INED, París, 1979.

nales de Coale y Hoover, Lewis, Coontz y Spengler, sigue un despliegue ininterrumpido pero desigual de literatura que llega hasta nuestros días, y que floreció singularmente en los años treinta. La demografía histórica experimentó uno de los desarrollos más espectaculares de las ciencias humanas de las tres últimas décadas, usando sobre antiguos materiales —sobre todo los libros parroquiales instituidos por Trento— el aparato analítico longitudinal. Y la demografía se consagró como campo temático en el que confluyen y al que hacen avanzar la sociología, la economía y la historia sobre todo, pero también la genética o la antropología, por ejemplo.

En tercer lugar, las estadísticas de población progresaron enormemente en cantidad y calidad, no sólo como cobertura precisa del número de habitantes y de sus variaciones, sino como conocimiento detallado del extenso conjunto de variables que permiten un análisis en profundidad de los fenómenos demográficos, el terreno de la fecundidad, la morbilidad, la actividad económica, la movilidad, etc.

La comunidad internacional, en definitiva la humanidad, había elevado en gran manera la conciencia de su volumen, su distribución, y sus ritmos de cambio y de los mecanismos colectivos que los vehiculan y determinan.

Para avanzar en la inteligibilidad de esa evolución que sólo hemos esbozado, conviene contemplar con algo más de detalle los grandes rasgos de la evolución demográfica, y sus vías de influencia decisiva en la andadura de la demografía como ciencia.

3. *Una visión panorámica de la evolución demográfica*

A lo largo del siglo XIX empezaron a manifestarse los fenómenos que originarán lo que se ha llamado la «explosión blanca»⁵. La mortalidad en los países occidentales industrializados comenzó una disminución irrefrenable, eliminando primero las puntas catastróficas que diezaban sus poblaciones y mitigando después su frecuencia «normal»; en otras palabras, la duración media de la vida empezó a prolongarse, motivando la expansión numérica de las poblaciones occidentales e iniciando el proceso —que se prolonga espectacularmente hasta nuestros días— que McKeown ha denominado «el crecimiento moderno de la población». Pero durante el último tercio del siglo XIX se manifestó otro cambio crucial en este ámbito geográfico, económico y cultural, que constituyó uno de los hilos que urdieron la trama de su evolución histórica: la fecundidad de sus poblaciones, que se manifestaba hasta entonces sin trabas «voluntarias», y ha merecido por eso el calificativo de «natural»⁶, empezó a disminuir, a través de complejos mecanismos relacionados con el comportamiento de los hombres: por

⁵ *Démographie historique*, Guillaume-Poussou, Armand Colin, 1970.

⁶ Expresión acuñada por Louis Henry.

medio de cambios en la nupcialidad, en su frecuencia final y en sus edades, en la descendencia de los matrimonios, en el espaciamiento entre nacimientos, etc.

En la década de los años treinta de este siglo esta evolución llegó a un aparente equilibrio; la natalidad y la mortalidad relativas se aproximaron o se anularon, y apareció en el horizonte una perspectiva inédita desde hacía un siglo: el estancamiento numérico de las poblaciones. La demografía había conocido un período de expansión que la consolidaba como ciencia y como técnica y ya era capaz de explorar cuantitativamente el futuro. Las perspectivas que se elaboraron entonces mostraban, aparentemente, que las poblaciones occidentales, si se mantenían las tendencias que definían su evolución, se encaminaban hacia su estancamiento e incluso hacia su disminución. Bajo esta perspectiva y en el marco de una situación de crisis económica, política y cultural se acuñaron y se afinaron los instrumentos del análisis demográfico y las teorías que pretendían explicar las leyes que presidían la evolución de la población, la llamada «teoría de la transición demográfica» (por no hablar del distinto camino que siguió la escuela de pensamiento que se seguía preocupando formalmente, pero aisladamente, del devenir de las sociedades occidentales: el marxismo, que formuló leyes de población alternativas a las clásicas).

Pero la contienda mundial marca una brutal solución de continuidad. La natalidad y la fecundidad flexionaron de una manera espectacular y permanente al alza y se inició un nuevo ciclo de crecimiento de las poblaciones que dio al traste con previsiones y prospectivas. Al cabo de pocos lustros, este proceso se yuxtapuso a otro de mayor trascendencia cuantitativa; en el marco del surgimiento de nuevas naciones, y de su lucha contra la muerte y por una vida mejor, se inició el descenso de su mortalidad y las masas indigentes de la humanidad, el «Tercer Mundo», inició a grandes zancadas una expansión inédita —al tiempo que los reencuentros sistemáticos de población hacían evidentes sus dimensiones— que los atónitos observadores de la escena mundial dieron en llamar «explosión demográfica».

El aparato analítico se mostró viejo e inadecuado para la medida y la comprensión de la nueva situación. El análisis demográfico dio un vuelco y a lo largo de la década de los cincuenta y de los sesenta avanzó sustancialmente en la elaboración de los métodos y los instrumentos que le permitieran el estudio de los cambios y de la nueva situación.

Durante tres o cuatro lustros los recuentos de población se sistematizaron y ampliaron su cobertura, y se consolidaron los técnicas de las perspectivas demográficas aplicadas no sólo a la población global de un país sino a las subpoblaciones más significativas que la componen: activa, escolar, urbana, regionales, etc. Y cuando los demógrafos, desarmados teóricamente pero cada vez mejor utillados analíticamente, recurrían casi exclusivamente a la extrapolación de tendencias para iluminar el futuro, y pare-

cían instalados en la perspectiva de unas altas, aunque oscilantes, natalidad y fecundidad, y de una baja ininterrumpida de la mortalidad —y por tanto de un crecimiento explosivo, en diversos grados, de la población— se produjo una nueva y brusca flexión de las tendencias imperantes que se prolonga hasta nuestros días. La mortalidad ha detenido su descenso rápido y se ha estabilizado prácticamente, porque a las ligeras mejorías generales se superponen retrocesos en ciertas edades y países. Esta verdad, general para los países industrializados, ha empezado a manifestarse alarmantemente en amplias zonas del Tercer Mundo, socavando el optimismo que había originado las mejoras rápidas y espectaculares de la postguerra y poniendo en cuestión su política sanitaria y, en último análisis, social. La fecundidad, por su parte, a mediados de los años sesenta, casi dos lustros antes de que estallase la crisis energética y de materias primas, punta de lanza de una crisis generalizada y difusa del área capitalista industrializada, flexionó a la baja de manera simultánea en este ámbito. Todos los indicadores transversales de la fecundidad iniciaron un brusco descenso. El breve lapso de tiempo transcurrido desde entonces ha permitido comprobar que no se trata de un accidente coyuntural, sino que la descendencia media de las generaciones ha iniciado un pronunciado descenso, que nadie sospechaba hace quince años y cuya acentuación o cambio de tendencia futura nadie se atreve a predecir, más allá de hipótesis, conjeturas o extrapolaciones. El hecho incontrovertible es que se ha producido un nuevo y profundo cambio de comportamiento que está llevando rápidamente a los países capitalistas avanzados, por poco que la estructura por edades sea favorable, al crecimiento nulo —que en algunos casos ya es crecimiento negativo, despoblación— que preconiza una amplia corriente de opinión intelectual en esos países.

4. *Los cambios sociales y económicos como marco de los progresos de la demografía*

Los lustros que siguieron al final de la última contienda presenciaron cambios importantes en la escena mundial. Ahora sólo importa subrayar aquellos que nos parecen más significativos para nuestros propósitos: *a)* En la mayoría de los países capitalistas avanzados, el Estado interviene de modo cada vez más intenso en el funcionamiento del sistema económico y social; se extiende el sector público, se practican modos edulcorados de planificación o de previsión globales, y se generalizan los sistemas de seguridad social, y en general las responsabilidades públicas, en todo el sistema; *b)* Un número importante de países abandonan el sistema capitalista y lo cambian por sistemas planificados en los que prácticamente casi toda la responsabilidad e iniciativa corresponden al Estado; *c)* Un numeroso y creciente

grupo de países, que cubrían las colonias de los imperios industriales, acceden a la independencia y constituyen un heterogéneo conjunto de Estados que asumen, como mínimo, la obligación de cumplir ciertos requisitos organizativos y que, en muchos casos, pretenden impulsar el crecimiento económico y el bienestar de sociedades frecuentemente dominadas por la pobreza, la explotación y la ignorancia.

Las consecuencias que se dedujeron de esos hechos fueron múltiples. En primer lugar, se extendieron y mejoraron los recuentos sistemáticos (censos) de población, las encuestas por muestreo y los sistemas del Registro Civil. Esta masa de datos, sistematizada y homogeneizada por la División de Población del Secretariado de las Naciones Unidas —que ha desempeñado un papel importante en toda la evolución que contemplamos— ayudó decisivamente a la toma de conciencia de lo que vino en llamarse «Explosión demográfica». En efecto, la difusión masiva de medidas elementales de higiene y de sanidad pública, de vacunas y de medidas quimioterápicas baratas, en los países del «Tercer Mundo», sumadas a los progresos científicos de la medicina y de los sistemas sanitarios que había impulsado paradójicamente el trauma bélico, rebajaron sensiblemente el nivel de la mortalidad. Este proceso, contrapuesto al de una fecundidad elevada, como consecuencia en el Tercer Mundo de comportamientos tradicionales y en los países capitalistas avanzados del alza espectacular de la natalidad y la fecundidad que imperó durante casi tres décadas —el «baby boom»—, impulsaron el crecimiento numérico de la humanidad hasta ritmos y valores absolutos que han tejido el telón de fondo de la evolución económica y social de los últimos decenios.

En segundo lugar, se extendió el intervencionismo estatal, aliado a un auge económico que pareció relegar las crisis al armario de la Historia. Las nuevas responsabilidades del Estado impulsaron un gran incremento del aparato estadístico. En todo el mundo era necesario conocer las dimensiones cuantitativas de las sociedades y de sus economías, para dirigir las y/o impulsarlas por el sendero del crecimiento. Y de nuevo surgió, en el primer plano, la necesidad de conocer el número de habitantes y su evolución, y, sobre todo, de las subpoblaciones más importantes por su incidencia en el desarrollo económico, es decir, en primer lugar, de la población activa. Pero la expansión de los sistemas educativos y de las redes y tamaño de las ciudades, la extensión de los sistemas de seguridad social, y la intensificación de los movimientos migratorios, acarrearón la necesidad y el impulso de los registros estadísticos y de las previsiones demográficas; de la población total, de la población activa, de las poblaciones urbanas, de la población escolar...

5. *Del análisis demográfico*

El análisis demográfico pretende estudiar las poblaciones como un conjunto que se renueva continuamente, por medio de un doble flujo de entradas y salidas. El estudio se centra básicamente en esos flujos de entradas y salidas específicas, que aliados con la duración de permanencia en la población determinan su número y sus variaciones, y se prolonga al conocimiento de la composición de las poblaciones según los caracteres directa e indirectamente ligados con aquellos procesos, cuyo conjunto presenta regularidades que dan cuenta y describen los comportamientos humanos respecto a los fenómenos que determinan la reproducción y crecimiento de las poblaciones. Quizá sea éste el meollo de la «cuestión»: el objetivo del análisis consistiría en la determinación y medición precisa de los comportamientos que determinan en última instancia los números de sucesos que hacen variar la población y su composición según los caracteres directamente ligados a aquellos comportamientos. Esto implicaría que en las sociedades estructuradas en clases y grupos sociales, de comportamientos diferenciados, el peso determinante en las variaciones de la población recaería en los grupos mayoritarios. Algo equivalente, sólo conceptualmente, a reconocer que la explosión demográfica mundial cubre evoluciones contrapuestas, desde la tendencia al estancamiento de amplias áreas del capitalismo avanzada hasta el vertiginoso crecimiento de los pueblos desgarrados del Tercer Mundo. Por eso se ha subrayado que el objeto de la demografía (en los países capitalistas, se entiende) sería el análisis y estudio de las modalidades de crecimiento y reproducción de la fuerza de trabajo⁷, trasladando el acento de la estabilidad del método a la mutabilidad del objeto histórico.

6. *Análisis longitudinal y transversal*

Cuando hace casi treinta años se produjo la eclosión del análisis longitudinal fue posible el conocimiento en profundidad del comportamiento de las poblaciones respecto a la fecundidad. Pero el cuerpo profesional, en general, pareció aceptarlo como un mejoría, como un refinamiento metodológico desde el punto de vista de presentación de los hechos. Y tardó muchos lustros en asumir, en su práctica científica y profesional, que era un proceso sustancial en el conocimiento de la realidad. Ocurría, ocurre aún en gran parte, que el interés se centra, está dominado, por el número de sucesos demográficos y sus consecuencias sobre el crecimiento de la población.

Evidentemente, la población y sus variaciones están determinadas por el número de sucesos demográficos y proyectarlos y preverlos se hizo, se

⁷ J. LEGUINA, *Fundamentos de Demografía*, Siglo XXI, 1973.

ha hecho, con una técnica progresivamente más refinada y formalizada, pero que está montada sobre datos y métodos analíticos transversales. Y esto no es fortuito; hay, en primer lugar, razones prácticas, de disponibilidades estadísticas; pero hay otra razón de fondo, que condiciona la primera y que exige explicaciones más detalladas. La técnica de las perspectivas o previsiones se basa conceptualmente en las extrapolaciones de tendencias de los indicadores que sirven para calcular los números anuales de sucesos y que son por definición de naturaleza transversal, y normalmente disponibles de esa forma. No hay ninguna garantía, *a priori*, de que se obtengan mejores resultados ni que sea más práctico su manejo —utilizando indicadores y metodología longitudinales—. Además, la práctica de las perspectivas no sólo se aplica a poblaciones nacionales, sino también a poblaciones más pequeñas, regionales o locales, o subpoblaciones de la general; activa, escolar, etcétera. Y la tradición estadística y las necesidades prácticas hacen que el estado y los comportamientos de esas últimas poblaciones acostumbren a conocerse y a tratarse únicamente desde una óptica transversal. Y esto era y es así porque, aparentemente, ninguna razón práctica —de conocimiento y previsión del número de sucesos— nos llevaba a hacerlo, sistemáticamente, de manera longitudinal. Pero quizá una razón profunda estriba en el hecho de que el avance de la reflexión teórica sobre los fenómenos demográficos no había conectado plenamente con los progresos del análisis y tendía y aún tiende en gran manera a razonar sobre abstracciones estadísticas —las tasas brutas o cualquier indicador transversal— y no sobre comportamientos de grupos humanos definidos, que es lo que determina y mide el análisis longitudinal. Y existe finalmente, para proceder así, otra razón ligada a la anterior, de muy serias implicaciones teóricas y prácticas.

Si el razonamiento teórico incorpora otras variables, además de las puramente demográficas, para determinar los valores y el comportamiento de éstas por lo menos parcialmente, ocurre que las dificultades de la medida y de la previsión de las variables demográficas se trasladan a éstas, de tipo exógeno, y nada permite asegurar ni suponer que esas dificultades serán menores. En consecuencia, el progreso de las técnicas perspectivas se ha montado sobre un refinamiento metodológico y fáctico de la base estadística, y una depuración de las técnicas de extrapolación y de los indicadores a que se aplican; a partir, siempre, de análisis, indicadores y bases estadísticas de tipo transversal.

Sobre esta situación se superpone otra que, aunque de distinta naturaleza, la potencia: el uso social que se hacía de las previsiones y perspectivas, su utilidad, estaba ampliamente cubierta por la práctica predominante, teñida de análisis transversal. Esta práctica sólo exigía dibujar a grandes rasgos los futuros posibles o probables, para iluminar la acción del poder. Los errores no tenían, no han tenido, graves consecuencias prácticas porque los motivos de la acción, en las sociedades capitalistas evolucionadas, no

están guiados por los conocimientos o previsiones del futuro, por lo menos fundamentalmente, y porque los movimientos y las variaciones demográficas, lentos y de repercusiones a largo plazo, permiten, aparentemente, la posibilidad de cambiar a tiempo el curso de las cosas. La incertidumbre y los errores múltiples de las previsiones, que jalonan las últimas décadas, han alimentado además este estatus de condicionamiento secundario de la política económica y social.

En resumen, los dos conceptos metodológicos clave que han presidido la técnica y la práctica de previsiones y perspectivas son la extrapolación y el análisis transversal. Ha sido en los últimos años, a medida que se han hecho evidentes sus limitaciones con los cambios de tendencia generalizados, sobre todo de fecundidad, pero también en los terrenos de la nupcialidad, de la mortalidad, de la participación en la actividad económica y en la movilidad geográfica, cuando el análisis longitudinal y la reflexión teórica han extendido su dominio y su alcance de hecho —ya que no de derecho, conquistado hace muchos años— en la práctica profesional, y de este modo se han empezado a crear condiciones de su simbiosis futura, que se nos antoja la conquista futura fundamental de la demografía como ciencia y como técnica. De todos modos, es posible vaticinar que el alcance y las consecuencias de esa simbiosis serán limitadas desde un punto de vista previsor, por lo menos a largo plazo, en la medida en que la historia es difícilmente previsible. Del mismo modo que se le puede augurar un brillante futuro a su capacidad explicativa del presente y del pasado, que se irá afianzando a medida que el siglo xx, cada vez mejor arropado estadísticamente, se vaya convirtiendo en historia.

7. *De la demografía como teoría de la población*

El primer tercio de este siglo contempló⁸ el abandono casi definitivo de la reflexión teórica sobre la población por parte de la economía, con la que formalmente estaba unida desde la obra de Malthus, síntesis (todo lo discutible que se quiera) de la investigación empírica y teórica sobre los hechos y las leyes que enmarcan la evolución de la población, de sus números y de los comportamientos que los determinan. Este abandono refleja parcialmente un doble plano de la evolución histórica: a) Por un lado, la economía como ciencia, al tiempo que se había sentado definitivamente en el marco académico, había abandonado la investigación de la naturaleza y de las causas de la riqueza de las naciones, de su crecimiento y de su distribución entre los grupos y las clases sociales que la generan, y se preocu-

⁸ Valga recordar la primera afirmación de no exhaustividad para justificar una actitud intelectual que pretende identificar las principales tendencias, o por lo menos aquellas más sobresalientes, en la evolución de hechos e ideas.

paba por sus condiciones de equilibrio y por la determinación y explicación formales de sus manifestaciones cuantitativas parciales —precios, saldos comerciales, salarios, etc.—; esta situación se correspondía con la aparente división intelectual —¡técnica!— del trabajo, que acantonaba las otras ciencias sociales —digamos, por ejemplo, la psicología, la sociología, e incluso la historia— en facetas parciales y «propias», desvinculadas de las demás; b) Por otro lado, el escenario social e histórico contemplaba la culminación del colonialismo de la mano del liberalismo exacerbado, manifestación exterior e interior, respectivamente, de una actitud dominante en los países capitalistas avanzados que afirmaba el señorío de la «mano invisible» clásica para asignar recursos, en las naciones y entre las personas, y la conveniencia de no interferir o corregir su funcionamiento.

El abandono de la reflexión teórica sobre la población coincidió con el incremento de las necesidades organizativas e informativas de los Estados occidentales. El objetivo específico en el campo de la población estaba intuitiva y prácticamente claro: el tamaño de la población, sus variaciones y las características ligadas a esas variaciones, más aquellos datos que podían informar al Estado sobre las posibilidades de sus poblaciones y especialmente sobre las productivas. Por tanto, se solucionaba uno de los problemas originarios del nacimiento y formación de una ciencia: la definición de su objetivo, de su campo problemático y de sus unidades de observación y medida. Al tiempo que censos y Registro Civil empezaron a generar estadísticas de población, se abonaba el campo para que estadísticos y matemáticos midieran, analizaran y proyectaran, prolongando lógicamente uno de los dos pilares básicos que habían sostenido y alimentado, a finales del siglo XVIII y principios del XIX, el nacimiento y constitución de la demografía como ciencia. En el primer tercio del siglo XX, la cobertura estadística indicaba la estabilidad de las tendencias, con frecuencia las series históricas eran parvas o cortas y la atención se centraba en la posibilidad de obtener el máximo de medidas e indicadores de los datos censales.

Pero el resurgimiento de la teoría del crecimiento, la conciencia de la pobreza y la necesidad de impulsar el desarrollo, hicieron madurar las teorías de la población, tanto desde el punto de vista de los modelos que intentan explicar los comportamientos demográficos, como desde el estudio de las consecuencias y relaciones mutuas de las tendencias demográficas y el desarrollo y la actividad económica. A los trabajos primeros de Coale, Hoover, Lewis y Coontz, se añadieron los despliegues sucesivos de la llamada teoría de la transición demográfica, que ha alcanzado quizá sus formulaciones más acabadas de las manos del mismo Coale y de Caldwell. Pero el panorama científico occidental quizá se ha polarizado en dos corrientes de pensamientos, centrada una en Easterlin y sus reflexiones sobre la participación de la población en la actividad económica y sus variaciones como

factor determinante de los comportamientos demográficos⁹, y la otra en Becker y la escuela de Chicago —la teoría del capital humano— que centra su esfuerzo en la teorización del comportamiento de las familias con respecto a su descendencia a partir de las formulaciones modernas del pensamiento neoclásico —o neo-neoclásico, según la expresión popularizada por Joan Robinson—. A este cuerpo creciente de pensamiento quizá haya que añadir las obras de Colin Clark —y las que ha motivado como alternativa, como, por ejemplo, las de Fuchs y Paul Singer— que pretenden establecer las leyes que rigen no ya el crecimiento de la población, sino la evolución y la estructura de su subpoblación más importante, la población activa. El crecimiento de esta literatura teórica ha sido enorme, como la atestiguan dos de sus últimas manifestaciones sistemáticas, la segunda edición del enciclopédico estudio de las Naciones Unidas «Factores determinantes y consecuencias de las tendencias demográficas» y el extraordinario manual de Julien Simon, «The economics of population growth» (Princeton University Press, 1977).

8. *De la demografía como ciencia académica*

Después de la segunda guerra mundial, con la multiplicación de universidades y de centros de investigación, la demografía sale de sus reductos (a veces de la pura aventura personal), frecuentemente instalados en los Institutos de Estadística nacionales y progresivamente adquiere carta de naturaleza en Universidades e Instituciones de investigación. Desde el Japón hasta Chile, desde el Canadá hasta Australia, pasando por Estados Unidos y Europa, la demografía se practica, además de en los Institutos de Estadística, en Universidades e Institutos de Investigación especializados. Y los Organismos internacionales, desde la ONU hasta el Consejo de Europa, por no hablar de las asociaciones científicas internacionales, la más importante de las cuales es la Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población, dedican recursos, esfuerzos y organizan numerosas reuniones internacionales, que sirven no sólo para los necesarios contactos y difusión internacionales de la ciencia, sino para elevar el nivel de consciencia pública de los problemas demográficos.

Esta es quizá la clave: ¿cuáles son los problemas demográficos? En los albores de la revolución industrial, cuando se inició, en Europa, como proceso paralelo a ella, la revolución demográfica —el súbito y persistente crecimiento de la población, como consecuencia, sobre todo, de la baja de la mortalidad—, un grupo de pensadores, el más conocido de los cuales es Malthus, detectó el problema e investigó, con los pocos recursos de su época, sobre sus causas y consecuencias para las sociedades de su época.

⁹ Quizá cabría añadir aquí los nombres de Kuznets y Thomas, diferentes teóricamente, pero participantes de la misma corriente intelectual.

Cuando menguó, por diversas razones —la más importante de las cuales fueron la reducción de la fecundidad y la emigración a ultramar—, el crecimiento demográfico en la vieja Europa, el tema dejó de figurar, salvo excepciones, en la agenda de los temarios y problemas de las ciencias sociales.

La explosión demográfica y la conciencia del subdesarrollo, han reintroducido de nuevo el tema de las causas y consecuencias del crecimiento demográfico en el bienestar económico de las sociedades en el campo de preocupaciones de las ciencias sociales.

Y a esas preocupaciones se ha añadido la conciencia de que el hombre, con su número de actividades, altera el ecosistema en que vivimos.

La situación actual es paradójica y contradictoria. Mientras el grupo de países industrializados, a diversos ritmos, se dirige rápidamente a un crecimiento nulo, el estancamiento, y, a largo plazo, si se confirman las tendencias, a la despoblación, el Tercer Mundo prosigue un crecimiento vertiginoso que obstaculiza y dificulta en muchos casos sus posibilidades de desarrollo económico. Y a este binomio se suma la comprobación de que todo el ecosistema terrestre está amenazado por su elemento dominante: el hombre. En rarecimiento y agotamiento de recursos naturales, empozoñamiento de tierras, aguas y especies a causa de los detritus de la actividad industrial y de las aglomeraciones humanas, degradación de la atmósfera... A lomos de la alarma, nuevos clamores malthusianos han irrumpido en el concierto de las ideas y de las conciencias. Y no es un clamor publicitario. En la última década ha tomado cuerpo una literatura sofisticada y tecnificada, que no es sólo base ideológica de las políticas que intentan frenar drásticamente la fecundidad y, por tanto, el crecimiento de las poblaciones desheredadas del mundo, sino que pone en cuestión las formas y los sistemas tecnológicos, económicos y sociales que utilizan para desarrollarse las comunidades industrializadas. Los informes del Club de Roma son la tarjeta de identidad, solamente, de una vasta, compleja y contradictoria corriente de opinión de indudable reigambre, que junto con la eclosión de las teorías de la población y el espléndido progreso y formalización del análisis demográfico, configuran una escena intelectual de indudable interés, que se enriquece y expansiona en medio de graves problemas conceptuales, el principal de los cuales quizá reside en su divorcio o en su simple yuxtaposición, que difícilmente ayudan a comprender, a prever y a actuar sobre las variaciones de la población en una época de crisis y enfrentamientos.

9. *Breves notas sobre la demografía en España*

España, diferenciada del resto de Europa, pero inmersa en su mundo cultural, económico y geográfico, ha visto su evolución en este terreno condicionada por la de su mundo circundante. Prescindiendo de los orígenes

decimonónicos, el primer tercio del siglo XX sorprende a la demografía acantonada en el Instituto Nacional de Estadística, y dominada analíticamente, como en todas partes, por la óptica transversal. La brillante excepción es Vandellós, en Barcelona, que escribe clásicos sobre la población catalana, desde la óptica ideológica del nacionalismo y del maestrazgo metodológico de Corrado Gini. Después, en los años cuarenta y cincuenta, al socaire del nacionalismo y el natalismo que había sacudido Europa, y en primer lugar Alemania e Italia, la investigación demográfica parece florecer en España. Y dejando a un lado los hombres del Instituto Nacional de Estadística, donde sigue estando el centro, por antonomasia, de cultivo de la demografía, quizá no sea inoportuno destacar la figura de Villar Salinas, una voz desde el Sistema Sanitario. A dos décadas de relativo vacío siguió el auge económico y la ebullición de ideas que plantearon problemas en la marcha del aparato social y exigieron respuestas. Y esto fue verdad para la política económica, para el sistema educativo, para el crecimiento urbano y los planes de urbanismo, y para los movimientos migratorios. Técnicos y políticos recurrieron a las técnicas disponibles y se improvisaron perspectivas, previsiones y «planificaciones». Y ocurrió el mismo asalto multidisciplinario que se daba en todo el mundo occidental. Desde la Universidad y sus disciplinas establecidas, se desarrolló una obra de investigación que procedió de la economía, la estadística, la sociología, la historia y la geografía. Sólo en la década de los setenta, la demografía apareció en el panorama universitario como disciplina propia que aún busca su definitiva institucionalización, y la salida de una situación subordinada que también se da, en muy diversos grados, en amplias zonas del panorama universitario del mundo evolucionado.

10. *La demografía como ciencia social y como técnica. Apuntes sobre su problemática actual*

Como toda ciencia, la demografía no sólo pretende un mejor conocimiento de la realidad. Su dinámica propia la conduce a intentar elaborar guías para la acción. Acción, en este caso, entendida como política del poder encaminada a influir en la evolución demográfica en el sentido que juzga favorable, flexionando, auspiciando o contrarrestando tendencias y número de sucesos. La conciencia de la explosión demográfica, el papel que se le atribuye como dificultad para el crecimiento económico como factor importante en el proceso de degradación del medio ambiente en amplios círculos de opinión, han centrado los esfuerzos en una política de contención del crecimiento demográfico. Esta actitud equivalía prácticamente a una política de disminución de la fecundidad, centrada especialmente en las áreas geográficas de alta natalidad del Tercer Mundo.

Los intentos de universalizar y oficializar esta política culminaron en el Congreso Mundial de Población, organizado por las Naciones Unidas en Bu-

carest en 1974. Pero el enfrentamiento entre distintas concepciones y apreciaciones de las ventajas e inconvenientes del crecimiento demográfico y la acción política sobre él llevaron a un Plan Mundial de carácter ambiguo. Y quizá no podía ser de otro modo. Los mecanismos de variación de la población son objetivables y susceptibles de estudio. Pero estos mecanismos son el resultado y están vehiculados por el comportamiento de los grupos humanos en cuestiones que poseen una entidad axiológica propia e irreductible al puro tratamiento estadístico y al manejo político-social. La vida y la muerte de las personas, su trabajo, sus estudios y su residencia determinan globalmente la cantidad y variaciones de una población y sus estructuras. Hoy parece difícil intentar dirigir el devenir de un pueblo hacia cotas más elevadas de bienestar sin tener en cuenta su número, variaciones y composición. Pero también aparece como sospechoso, incluso como una forma espúrea de despotismo ilustrado, intentar justificar la acción política y social que afecta a derechos inalienables de la persona mediante interpretaciones del bien común que son propias de los grupos que detentan el poder, no sólo en el dominio estricto de la política, sino también en las esferas de la cultura y la ciencia.

Mientras el análisis demográfico y sus extensiones, sea en genética, en demografía histórica o en estadística demográfica, parece cada vez más un cuerpo científico objetivable que ha dado grandes pasos en las últimas décadas, y ha implicado un conocimiento cada vez mayor de las poblaciones del mundo, de su pasado y presente y de sus mecanismos de variación, la reflexión teórica sobre las causas de los comportamientos humanos que los subyacen se debate en la incertidumbre, los problemas y las confrontaciones que son comunes a las ciencias sociales.

Pero es posible dar un paso más en esta línea de reflexión. Los dos pies básicos de la demografía, el análisis y la teoría, no han encontrado el centro nervioso que los coordine y los fecunde mutuamente. Su divorcio es aún excesivo. La teoría, venga de donde venga —de la sociología, de la economía, de la historia...— aún no se ha centrado en la reflexión causal sobre los elementos básicos que definen un fenómeno demográfico y que ha puesto en evidencia el análisis moderno, es decir en su intensidad y en su calendario y en sus múltiples y recíprocas interrelaciones. Su foco obsesivo parece ser aún los indicadores transversales y los números absolutos —y sobre todo relativos— de sucesos demográficos, determinantes directos de las variaciones de una población —y con las que, al fin y al cabo, casi se confunden o que sustituyen como objeto de la investigación—. El análisis, por su parte, tropieza con la dificultad de establecer las correlaciones e interrelaciones entre los diversos fenómenos demográficos, y con los límites de un vacío (o de un exceso contradictorio) teórico, que le impide progresar en su conocimiento, más allá de la medición y la constatación de los hechos y fenómenos esenciales.

La situación actual es compleja y contradictoria. Por un lado, el conoci-

miento estadístico de las poblaciones es cada vez mayor y mejor. Este cúmulo de conocimientos empíricos es la materia prima del análisis demográfico, cuyos protagonistas más lúcidos privilegian cada vez más la óptica longitudinal, la única que en las últimas décadas ha sido capaz de medir, conocer y valorar los movimientos profundos de las poblaciones con respecto a su reproducción y cambio. Pero mientras la metodología longitudinal va extendiéndose entre el cuerpo profesional, éste se ve sometido a la presión de los problemas que le plantean políticos, científicos sociales y opinión pública como consecuencia de la singular y contradictoria evolución de la especie, que parece depender en cuanto a bienestar e incluso en cuanto a su propia viabilidad como género dominante —pero vivo— de su número y de sus actividades sobre la naturaleza. Y al lado del sólido cuerpo —decapitado teóricamente— del análisis demográfico, pero separado intelectualmente de él, hay un duro enfrentamiento de actitudes que se explican por las estrategias de dominación o de supervivencia. Y las técnicas —¡las aplicaciones!— de la demografía, que tienen un blasón de honor en las perspectivas o previsiones se extienden por todo el campo de la práctica y la vida social, ya sea la planificación económica general, el urbanismo o la gestión de los sistemas urbanos educativos y sanitarios. Pero las perspectivas demográficas practicadas sistemáticamente desde hace treinta años, junto a su flexibilidad y su utilidad teóricas presentan una historia jalonada de fracasos a causa de su incapacidad para anticiparse a los cambios de tendencia, que limitan su credibilidad y hacen planear el escepticismo sobre su eficacia.

Pero estos problemas no son independientes de los que configuran la situación general de las ciencias sociales, que al tiempo que acumulan conocimientos empíricos y avanzan en su formalización, se debaten en las dificultades de su definición y perfil como ciencia, en los enfrentamientos entre escuelas e ideologías, o se lanzan al academicismo en forma de huida formal ante los acuciantes problemas contemporáneos. Como cuerpo de conocimientos y como guía para la acción participan de las contradicciones y problemas de la evolución histórica e intentan frecuentemente, con éxito muy desigual, zafarse de esa incómoda situación, que quizá sea, en última instancia, la justificación y la garantía máximas de su calidad intelectuales y de su utilidad social, desde planos que posiblemente deban ser modestos y no dominantes, pero no por ello menos apasionantes, útiles y gratificadores.